

Creían que Dios les había dado la razón para servirse de ella. ¡Error! ¡El Creador nos ha dotado de razón para que la cautivemos bajo el yugo de la fe! Viene después un galimatías cada vez más refinado. Los misterios son *tinieblas*, pero *tinieblas majestuosas*, y estas *tinieblas* por su *majestad* enseñan al hombre á concebir una idea más sublime de Dios; estas mismas *tinieblas* hacen al hombre concebir la *excelencia de su naturaleza* (1). ¡Milagrosa virtud de las *tinieblas*! Sin duda es necesario ser doctor por la Sorbona, *un gato peludo*, para ver claro en esas *majestuosas tinieblas*; por nuestra parte no vemos en ellas más que palabras vacías de sentido.

Muchos libres pensadores se hicieron ateos porque el Dios que se les presentaba como único verdadero Dios condenaba en masa á sus criaturas por la más inexplicable de las faltas, una falta cuya responsabilidad pesa sobre nosotros, á pesar de que no habíamos nacido cuando tan enorme pecado se cometió. Raynal llama al pecado original una *blasfemia impía* y á la eternidad de las penas una *atroz extravagancia*. Estas atrocidades eran ya rechazadas en el siglo pasado por los pensadores cristianos. La Sorbona sale á su defensa, y diríase que se propone unir lo ridículo á lo odioso. Confiesa que el dogma del pecado original es uno de los más oscuros; pero dice: cuanto más incomprendible es, más cierto es que ha sido revelado. "¿Cómo concebir, en efecto, que el espíritu humano haya podido inventar un dogma tan extraño á todas sus ideas y admitirlo el universo?" ¡Oh sinrazón teológica, cuán admirable eres! ¡La extravagancia, el absurdo, se convierten en señales de origen divino! ¡Y para convertir á los incrédulos, ó al menos para convencerles de error, se atreve la docta facultad á repetir en pleno siglo XVIII la frase de Tertuliano: *¡Creo, porque es absurdo; creo, porque es imposible!* Si los filósofos se hubieran dignado contestar á aquellos *gatos peludos*, les hubieran invitado á dar un paseo por el Oriente y les habrían enseñado entre los Indios extravagancias mayores aún que los misterios del cristianismo; y si aquellos absurdos no les hubiesen parecido suficientes, habrían visitado en compañía de los doctores de la Sorbona una casa de locos: allí hubieran encontrado de veras la sinrazón: las alucina-

(1) *Censura*, en RAYNAL, Suplemento, p. 194, 196.

ciones de los cerebros enfermos, ¿son tanto más santas cuanto más incomprensibles? (1).

Raynal, sea por táctica ó por un resto de respeto hacia Cristo, quería echar sobre teólogo la responsabilidad de aquellos famosos misterios: "Ellos son, dice, los que han imaginado los castigos eternos reservados para los malos; aprovecharon la debilidad de la infancia para inspirar terror eterno á la razón." ¡Cosa notable! El incrédulo del siglo XVIII está en este punto conforme con los protestantes avanzados de nuestros tiempos: también éstos rechazan esa espantosa creencia y la imputan á los teólogos. Este es el único medio de salvar el cristianismo. Pues bien; es tal la ceguedad, íbamos á decir la imbecilidad, de los defensores oficiales, que hacen todos los esfuerzos posibles para probar que Jesucristo ha enseñado la eternidad de las penas; "y estamos obligados á creerlo, añade la caritativa Sorbona, so pena de incurrir en esos castigos que no han de tener fin." Si esta fuese la última palabra del cristianismo, bien pudiéramos decir que la religión cristiana había concluido. ¡Así sirven los apologistas á la causa de la religión!

Semejantes apologías eran más propias para difundir la incredulidad que para corregirla. Los defensores de la Iglesia acabaron por ver que sus esfuerzos eran estériles; se consolaron diciendo que la incredulidad había sido predicha por los apóstoles, que era un signo precursor de los últimos tiempos (2). También ha dicho Jesucristo que el mundo no duraría más que la generación que le escuchaba. Esto significa, en el lenguaje profético, lenguaje de los soñadores, que el fin del mundo queda indefinidamente aplazado. ¡Vaya con el fin del mundo! Había, efectivamente, un mundo que iba, y deprisa. Estamos en 1787: se habla ya de la convocación de los Estados generales; el mundo antiguo muere; un nuevo mundo se aproxima. Todas las apologías, todas las predicciones, todas las reacciones no le impedirán reemplazar á las instituciones y á la religión del pasado.

§ VI.—¿Quién triunfa?

I

Cuál fué el resultado de la larga lucha á que acabamos de asistir? La Iglesia conservó su poder

(1) *Censura*, en RAYNAL, *Historia*, Suplemento, p. 306.

(2) *Prueba breve, sensible, convincente y persuasiva de la religión católica romana* (Lieja, 1787), p. 120 y siguientes.

hasta la revolución de 1789. Tenía de su parte el apoyo de la fuerza material y todos los intereses inherentes á la conservación de las antiguas instituciones. Pero la protección de la fuerza debilita las creencias religiosas en lugar de robustecerlas, porque prueba que la religión va perdiendo su imperio sobre los ánimos; y ¿qué es una religión que no ejerce influencia sobre las almas? La resistencia que la Iglesia opuso á la corriente que arrastraba á la sociedad, las persecuciones que hizo sufrir á los libres pensadores, exasperaron á todos los que habían abandonado la fe oficial. De aquí ese odio violento contra el catolicismo y ese concierto de maldiciones contra los sacerdotes que estallaron en visperas de la revolución: es el estampido del trueno que anuncia el furor de la tempestad. Voltaire no es escuchado ya; Rousseau predica en el desierto. ¿Quién es el culpable? ¿La filosofía? Esto es acusar á los diques, porque son impotentes para contener las aguas del mar irritado.

Voltaire tenía por corresponsal un rey incrédulo, Federico II. ¡Espectáculo nunca visto en la historia! No porque hayan faltado príncipes incrédulos. Desde el siglo XV se los acusa de haber hecho de la religión un instrumento de su grandeza, lo cual no demuestra una fe muy viva. A partir de la Reforma, creyeron prudente afectar creencias que despreciaban; si Federico desatendió estos cálculos de la política, es porque conocía que no los necesitaba: era una señal de los tiempos, y de las más significativas. Voltaire, rey también, pero rey sin bayonetas, no tenía aquella ruda franqueza. Toda su vida representó una comedia respecto de la Iglesia. Federico le echó en cara aquella hipocresía, ó más bien, aquella cobardía. Cuando Voltaire publicó su *Diccionario filosófico*, tuvo miedo de que lo atrevido de los pensamientos le suscitase persecuciones en su avanzada edad; decía á todo el mundo que el *Diccionario* no era suyo. ¿Qué piensa de esto el rey de Prusia? Escribe al filósofo de Ferney: "¿Qué edificante circunspección en los artículos que se refieren á la fe! De seguro que vuestras reliquias han de hacer milagros... ¿Dónde está, pues, el espíritu filosófico del siglo XVIII, si los filósofos, por miramientos hacia sus lectores, apenas se atreven á dejarles entrever la verdad?" (1). Después de la muerte de Voltaire, Federico escri-

(1) *Obras completas de FEDERICO*, t. XXIII, p. 182; *Carta* de 29 de Enero de 1771.

bió á d'Alembert que su común amigo había tratado con demasiada consideración al cristianismo: "¿Qué oprobio para el clero de Francia haberse enseñado tan tenazmente contra el grande hombre que hemos perdido! Sostengo que esos tonsurados son unos ingratos. Muchas veces Voltaire ha quitado el hierro á las flechas que les lanzaba, para que las heridas no fuesen demasiado vivas. Si alguno tuviese con ellos menos consideraciones, podría aplastarlos para siempre, porque aun no se ha dicho todo. Los filósofos han hecho algunas escaramuzas por diferentes lados; pero esos charlatanes de la superstición no han sido aún atacados á fondo, batidos y disipados enteramente. Las armas están preparadas para este combate; y si yo fuese joven, atacaría como Hércules á esa hidra de Lerna, esa hidra pontificia cuyos vicios concentrados hacen renacer sus cabezas. Por una parte, la verdad desvanecería sus absurdas fábulas; por otra, la virtud pondría de manifiesto el tejido de crímenes con que se ha manchado la jerarquía eclesiástica. Pero estas armas necesitan ser manejadas por manos vigorosas, y las mias están atacadas de gota," (1).

¿Qué viveza de odio y qué insultante desprecio! Los dogmas cristianos inspiran á Federico verdadero disgusto; escribe á Voltaire: "La antigüedad no ha imaginado nunca un absurdo más atroz y más blasfematorio que el de comerse á su Dios. Es el dogma más irritante, el más injurioso al Ser Supremo, el colmo de la locura y de la demencia," (2). La historia del cristianismo es la historia de nuestros extravíos: "Todo el universo ha sido imbécil, desde Constantino hasta Lutero, en disputar en una jerga ininteligible acerca de visiones absurdas, mientras la Iglesia cimentaba su poder temporal á favor de la credulidad y de la estupidez de los principios y de las naciones," (3). Cuando Federico dice que la credulidad humana ha durado hasta Lutero, no se ha de creer que atribuye al protestantismo el renacimiento de la razón; ni es protestante ni católico, es libre pensador. A la filosofía, dice, debe su libertad la humanidad: "Los filósofos, esas almas divinas, nacidas de la razón universal, son los que, enseñando á

(1) *Obras de D'ALEMBERT*, t. XVIII, p. 228.

(2) *Carta* de 19 de Marzo de 1776 (*Obras de FEDERICO*, tomo XXIII, p. 371).

(3) *Carta* de 1779 á d'Argens (*Obras de FEDERICO*, t. XIX, página 317).

pensar á los hombres, han libertado su espíritu de los cuentos de *Barba azul*, consagrados durante mucho tiempo por bribones con sotana. Por esto me gustan los filósofos, y por esto todo hombre sensato debería levantarles altares; yo dedico uno al Anaxágoras de la Enciclopedia (d'Alembert) y le digo: "Mi buen sentido bendice tu razón superior, que vuelve su juego á los entumecidos resortes del entendimiento de los hombres y les enseña á examinar, á combinar, á desconfiar de sí mismos y á no creer sino los hechos consignados por la experiencia," (1).

Federico es deísta como Voltaire, pero lleva más lejos que su maestro el odio al cristianismo. Parece un sectario del barón d'Holbach; sin embargo, no le gustaba el *Sistema de la naturaleza*, quizá porque su autor atacaba á los reyes tanto como á la religión; por lo demás, tenía todo el fanatismo antirreligioso de la escuela materialista. Prueba de que había un movimiento general en los espíritus, una reacción violenta contra la dominación sacerdotal, porque lo que principalmente exasperaba los ánimos era la impostura de los bribones tonsurados. Ocurrióle á Federico una idea singular: la de escribir un compendio de la historia eclesiástica de Fleury, en sentido filosófico por supuesto. El prefacio es un verdadero libelo: "La historia de la Iglesia, dice el rey, nos presenta la obra de la política, de la ambición y del interés de los sacerdotes; en lugar de encontrar en ella el carácter de la divinidad, no se observa más que un abuso sacrilego del nombre del Ser Supremo, del cual se sirven ciertos impostores venerados como de un velo para encubrir sus pasiones criminales (2). La obra de aquellos bribones consagrados es digna de los que la forjaron. Federico toma al pie de la letra la calificación de *infame* dada por Voltaire á la religión de los sacerdotes, pero la aplica á la religión misma; á sus ojos, el cristianismo no es más que superstición. Dió rienda suelta á su desprecio en un *Capricho* bajo forma de *Sueño*, dedicado á Voltaire: "Habiendo vuelto en mí de mi éxtasis, descubrí una gran ciudad. Pregunté su nombre, y se me dijo que su nombre de bautismo era *Sión* y su nombre de guerra *Infame*. Estaba construida de materiales que en nada se parecían

(1) Carta de 23 de Julio de 1772 á d'Alembert (Obras de Federico, t. XXIV, p. 571).

(2) Obras de Federico, t. VII, p. 144.

á aquellos de que se fabrican nuestras ciudades... El genio que me conducía me dijo: Los cimientos están hechos de sueños vacíos, el mastice está compuesto de milagros; esas otras más brillantes proceden del paraíso... Estaba fortificada á la antigua, con torres cuyos nombres eran: la torre de la imbecilidad, la de las preocupaciones, la de la superstición, la del fanatismo... La ciudad está atacada por los herejes, por los libres pensadores, y, finalmente, por Voltaire, que la arruina casi por completo; no quedan para defender la más que viejas decrepitas y un vil populacho," (1).

En la *Historia de mi tiempo*, Federico considera con satisfacción los progresos hechos por el libre pensamiento, y siempre en términos despreciativos para el cristianismo: "Los filósofos, dice, dieron á la religión un golpe mortal. Los hombres empezaron á examinar lo que habían adorado estúpidamente; la razón venció á la superstición; desecháronse las fábulas á que antes se había prestado fe; el deísmo, ese culto sencillo del Ser Supremo, adquirió muchos sectarios," (2). No tiene razón Federico en llamar á su deísmo un culto, porque Dios es para él poco más que una idea, mejor aún, una palabra. En los *Recuerdos de Thiébauld*, su secretario, se lee: "Creo buenamente, me decía un día, que hay un Dios; pero me figuro que no se cuida mucho de las criaturas. ¿Qué son á sus ojos ni aun los hombres? Infinitamente menos que las hormigas respecto de nosotros," (3).

Voltaire dudaba, á veces, de la inmortalidad del alma; pero la creencia mucho más arraigada de una justicia divina triunfaba en él. No sucede lo mismo en Federico; niega positivamente que el alma sea inmortal. En una *Apología del suicidio*, escrita en verso, expone la desconsoladora convicción:

Pour connaître ce que nous sommes,
Je ne m'adresse point à la religion.
J'apprends de mon maître Epicure
Que du temps la cruelle injure
Dissout les êtres composés, etc. (4) (a).

Esto no es una fantasía de poeta; el gran rey no tenía vena poética, no obstante su manía de ha-

(1) Obras de Federico, t. XV, p. 21.

(2) Obras de Federico, t. II, p. 36.

(3) THIÉBAULT, *Recuerdos*, t. I, p. 52.

(4) Obras de Federico, t. XIII, p. 157 (del año 1757).

(a) Para conocer lo que somos, no apelo á la religión. Mi maestro Epicuro me enseña que la acción del tiempo disuelve todos los seres compuestos, etc.

cer versos. Escribió su *Apólogo del suicidio* en las circunstancias más críticas de su vida, en medio de los horrores de la guerra de los siete años; acosado por la Europa entera, el héroe prusiano se creía próximo á sucumbir; estaba decidido á darse la muerte si era vencido. La vispera de una batalla que había de decidir de su corona y de su vida escribió los precedentes versos; en aquel momento solemne en que el sentido religioso se aviva, por débil que sea, Federico negó la inmortalidad del alma. En su vejez siguió negándola, y siempre en verso, escribiendo á su amigo Anaxágoras. El infierno era para aquel espíritu libre un espantajo; deja aquel cúmulo de absurdos para la estupidez de los devotos; quiere pensar como se pensaba en el senado de Roma, como pensaba Julio César (1).

Federico pensaba acerca de Cristo y su obra lo mismo que hubiera pensado el ilustre Romano si hubiera tenido noticia de que un oscuro Judío estaba predicando en la Judea. En una carta á Voltaire le llama aprendiz de carpintero Judío (2). Hé aquí lo que dice de Jesucristo en el prólogo que puso al frente de su *Compendio de la Historia eclesiástica de Fleury*: "Un Judío, de la hez del pueblo, de nacimiento dudoso, que mezcla los absurdos de las antiguas profecías hebraicas con los preceptos de una buena moral, al cual se atribuyen milagros y que acaba por ser condenado á un suplicio ignominioso, es el héroe de esa secta. Doce fanáticos se extienden desde el Oriente hasta la Italia... El rey filósofo tiene la perspicacia del odio: ve muy bien que Jesucristo no ha dicho [en términos claros que él sea Dios; hace ver que en la primitiva Iglesia no se le veneraba como á tal. "¿Quién no ve, dice, al recorrer la historia de la Iglesia, que todo es obra de los hombres? ¿Puede creerse en la diversidad de opiniones que van estableciéndose sucesivamente, á las cuales se añade ó se quita, y que varían según la voluntad ó el interés de los sacerdotes?" (3).

Federico no era de la opinión de los políticos que creen en la eternidad del cristianismo á la par que lo desprecian como un cúmulo de supersticiones. No porque tuviera buena opinión de los hombres y menos aún del pueblo; pero el absurdo de la religión cristiana le parecía tan evidente, que no

(1) *Epístola á d'Alembert*, de 1773 (Obras, t. XIII, p. 109).

(2) Carta de 27 de Junio de 1775 (Obras, t. XXIII, p. 371.)

(3) Obras de Federico, t. VII, p. 133-135.

podía creer en su duración. Escribe á Voltaire: "La *infame* no produce más que hierbas venenosas." Aplauda la guerra astuta que le hace el incrédulo de Ferney: "Me parece muy bien, dice, el método de dar papirotazos á la *infame*, aparentando con ella gran cortesía," (1). No duda del resultado de la lucha: "El hacha ha tocado á la raíz del árbol; el edificio, minado en sus cimientos, va á desplomarse," (2). La decadencia de una religión antigua, de una religión que había sido la de su infancia, no le inspira conmiseración ni sentimiento; insulta su decrepitud: "La *infame* ha tenido la misma suerte que las meretrices. Mientras ha sido joven, ha sido adulada; ahora que es vieja, todo el mundo la ultraja," (3).

No hubiéramos reproducido estas injurias, propias de un soldado, si no tuvieran un interés histórico. Se acrimina á la revolución francesa por sus bacanales irreligiosas; cierto es que, al leer la historia de aquellas escenas de desorden, el corazón se revuelve de disgusto. Pero cuando se estudia el movimiento de las ideas antes de 1789, se comprende la explosión que tuvo lugar en 1793. Acabamos de oír á un rey; si no lo conociéramos, hubiésemos podido creer que era el *Père Duchesne*. Federico el Grande habla lo mismo que hablaron algunos años más tarde Hébert y Chaumette. ¡Qué señales de los tiempos! ¿De dónde procedía aquel desbordamiento de odio al cristianismo? La Iglesia ambiciosa había abusado de los sentimientos más respetables para convertirlos en instrumento de dominación; había fomentado la estupidez humana para explotarla; ¡la Iglesia tiene la culpa de que la religión fuese despreciada y odiada como una impostura!

II

Era una opinión general. Voltaire tenía otro corresponsal, el filósofo á quien Federico llamaba su Anaxágoras. Nadie menos apasionado que d'Alembert; era matemático, y llevaba al estudio de las letras el rigor y la calma de las ciencias exactas. En su correspondencia con d'Alembert es donde Voltaire termina todas sus cartas con aquella famosa frase: *Aplastad á la infame*. Su amigo le responde: *Aplastad á la inf...*, me repetís incesan-

(1) Carta de 16 de Marzo de 1771 (Obras, t. XXIII, p. 188).

(2) Carta de 5 de Mayo de 1777 á Voltaire (Obras, t. XXIII, página 185).

(3) Carta de 25 de Noviembre de 1765 (Obras, t. XXIII, p. 93).

temente. Dejádla que se precipite por sí misma; lo hace más deprisa que lo que creéis. ¿sabéis lo que dice Astruc? *No son los jansenistas los que matan á los jesuitas sino la Enciclopedia, ¡vive Dios!, la Enciclopedia.* Bien pudiera ser así, pues ese pícaro de Astruc es como Pasquín, y á veces habla con bastante buen sentido. En cuanto á mí, que en este momento lo veo todo de color de rosa, contemplo desde aquí á los jansenistas muriendo el año que viene de muerte natural, después de haber hecho perecer este año de muerte violenta á los jesuitas; veo la tolerancia restablecida, los protestantes reconciliados, los sacerdotes casados, la confesión abolida y la *infame* aplastada, sin que nadie lo haya echado de ver,, (1).

Hasta los ungidos del Señor participaban de estas ideas. En el siglo pasado excitó poderosamente la atención el testamento de Juan Meslier, cura de una aldea de Champagne; Voltaire se apresuró á darlo á conocer. D'Alembert, á quien lo envió, le respondió: "Me parece que en la tumba de este cura podría escribirse lo siguiente: *Aquí yace un honradísimo sacerdote, cura de aldea, que, al morir, ha pedido á Dios perdón por haber sido cristiano, demostrando de este modo que noventa y nueve borregos y un hijo de Champagne no suman cien animales.* Sospecho que el extracto de su obra es de un Suizo que entiende muy bien el francés. Es claro, contundente y enérgico, y bendigo al autor del extracto, sea quien fuere:

C'est au Seigneur la vigne travailler (a),
(J. J. ROUSSEAU.)

Después de todo, mi querido filósofo, esperemos un poco de tiempo, y qué sé yo si todos esos libros serán necesarios, ó si el género humano tendrá bastante entendimiento para comprender por sí mismo que tres no es igual á uno y que el pan no es Dios. Los enemigos de la razón están haciendo en este momento la triste figura, y creo que se les puede aplicar lo que dice aquella canción:

Pour détruire tous ces gens-là,
Tu n'avais qu'à les laisser faire. (2) (b).

No era el cura Meslier el único ministro de Dios que abandonaba los altares de Jesucristo, sin

(1) Carta de 4 de Mayo de 1762 (*Obras de VOLTAIRE*, t. LXII, página 193).

(a) Esto es trabajar la viña del Salvador.

(2) Carta del 31 de Marzo (*Obras de VOLTAIRE*, t. LXII, p. 186 y siguientes).

(b) Para destruir á todas aquellas gentes les bastaba con dejarlas obrar.

perjuicio de seguir engañando al pueblo. Hay que dar gracias á los que tuvieron valor para romper abiertamente con la Iglesia. Tal fué el abate Raynal. La Sorbona le censura por repetir cien y cien veces la espantosa blasfemia de que el cristianismo se moría. Creía, como Rousseau, que era necesario proclamar los principios de la religión natural y hacer de ella una ley para la sociedad civil. Como se ve, Robespierre tuvo sus precursores entre los filósofos: "La incredulidad, dice el abate, ha llegado á ser demasiado general para que se pueda esperar con algún fundamento devolver á los antiguos dogmas el ascendiente de que han disfrutado durante tantos siglos.. Sería un rasgo de prudencia por parte de los gobiernos tener un mismo código moral de religión, del cual no fuera permitido separarse, y entregar el resto á discusiones indiferentes para el reposo del mundo. Este sería el medio más seguro de matar insensiblemente el fanatismo de los sacerdotes y el entusiasmo de los pueblos... El espíritu humano está desengañado de la antigua superstición. Si no se aprovecha este momento para guiarle y traerle al imperio de la razón, la masa general de los hombres, que tiene necesidad de esperanzas y de temores, se entregará á nuevas supersticiones,, (1). La intención es excelente; por desgracia, las religiones no se decretan como las leyes. Las creencias se preparan con lentitud en la conciencia de la humanidad; cuando se han madurado, se formulan en religión, y la religión llega á ser el principio de una civilización nueva.

El siglo XVIII no estaba llamado á fundar una religión. ¿Cómo habían de conservar los filósofos el sentimiento religioso, cuando estaban haciendo un supremo esfuerzo para destruir el cristianismo y toda religión? No veían en las creencias religiosas más que una obra de estupidez y de engaño. A medida que se creían más cerca de su objeto, redoblaba su ardor. No los contenía ningún respeto. ¿Podían respetar lo que no conocían? Hacia siglos circulaba una injuria entre los incrédulos, pero injuria oral: nadie se había atrevido á imprimirla. Ya en la edad media se acusó á Federico II, emperador de Alemania, de haber llamado impostores á Moisés, á Jesucristo y á Mahoma. Después

(1) RAYNAL, *Historia de los establecimientos de los Europeos en las Indias*, t. IX, p. 36.

se habló de un libro de los *Tres Impostores*; pero el libro no había salido á luz. Solamente en 1777 se publicó, sin indicación del lugar de la impresión, el *Tratado de los tres impostores*. Esto era la quinta esencia de la impiedad. El insulto había sido lanzado primeramente por los cristianos contra Mahoma; en la ceguedad de su celo, no veían que podía dirigirse contra todo revelador, aun contra Moisés, y también contra Jesucristo. ¿Cuál es el testimonio que comprueba la misión del legislador judío? Sus milagros; pues bien, aquellos pretendidos prodigios no son más que groseros engaños. ¿Se quiere una prueba? exclama el incrédulo. Moisés supo persuadir á los Hebreos de que Dios los conducía de noche bajo la forma de una columna de fuego y de día bajo la forma de una nube. Pues bien; era costumbre en los desiertos tomar por guías hombres que se encargaban de conducir á los viajeros, y que encendían hogueras cuyo fuego guiaba durante la noche, así como el humo durante el día. Hé aquí el milagro. [Moisés mismo no creía en él, por supuesto. ¡Cosa curiosa! la Escritura misma consigna su incredulidad. En efecto, nos dice que Moisés rogó á su cuñado que viniese con los Israelitas para enseñarle el camino. Hé aquí el impostor cogido en flagrante delito (1).

La vida de Jesucristo no es más que un milagro continuo desde su nacimiento hasta su resurrección. "Prueba, dice el incrédulo, de que es una impostura desde el principio hasta el fin. Se hizo seguir por algunos necios, á los cuales persuadió de que el Espíritu Santo era su padre y su madre una Virgen; aquellas buenas gentes, acostumbradas á sueños y consejos, creyeron todo lo que quiso hacerles creer. Toda su historia es por el mismo estilo: es una fábula despreciable y, lo mismo que la ley, es un tejido de sueños puestos en boga por la ignorancia, sostenidos por el interés y favorecidos por la tiranía., Los defensores del cristianismo se maravillan de que su Maestro no se dirigió más que á los pobres de espíritu, de que prefería rodearse de mujeres y de niños; ven en esto milagro. ¡Gran prodigio ciertamente! ¿No es cosa sabida que los pobres de espíritu, los necios, son las gentes más á propósito para dar crédito y divulgar las más absurdas invenciones del fraude? "No es, pues, maravilloso que Jesucristo no tuviese filóso-

fos en su séquito; sabía bien que su ley no podía conciliarse con el buen sentido; por esto, sin duda, declamaba tan frecuentemente contra los sabios, á los cuales excluye de su reino, en el que no admite más que á los pobres de espíritu y á los imbéciles: los espíritus racionales deben consolarse de no tener nada que ver con los insensatos,, (1).

III

Si los reveladores no son más que unos bribones, ¿qué diremos de los sacerdotes que explotan la impostura? Inspiraban á los incrédulos esa aversión con mezcla de disgusto que sentimos hacia los estafadores cuando hacen servir la religión para sus viles supercherías. Este soberano desprecio explica los arrebatos de Condorcet, filósofo tan tranquilo que se suponía que no tenía pasiones. Tenía una pasión, la verdad, la libertad. Creía que los sacerdotes engañaban á los pueblos para dominarlos mejor. De aquí el odio y la violencia de su lenguaje. En una carta á Turgot los llama canallas (2). Y no solamente en la intimidad de la correspondencia se permitía estas invectivas. Publicó las *Cartas de un teólogo* en vida de Voltaire. El patriarca de Ferney las elogió mucho, pero las encontró demasiado audaces. Se las atribuyeron á él, como le atribuían todos los escritos en que se atacaba al cristianismo. Voltaire se defendió vivamente y deploró y hasta censuró un escrito tan imprudente. El rey de los incrédulos estaba al borde del sepulcro; una generación nueva iba á aparecer en la escena, la generación de 1789 y 93; andaz como los Titanes, no retrocederá ante nada. Condorcet anuncia el advenimiento de estos hombres jóvenes, ardientes; escuchemos al *teólogo* filósofo que anota á los sacerdotes:

"Acostumbrados á seducir al pueblo, quisiérais armarle contra los filósofos! Los filósofos no van, decís, á los hospitales. No, pero quisieran que no hubiese necesidad de hospitales; y para esto, bastaría con anular las fiestas, suprimir los diezmos, no obligar al pueblo á alimentar con su sustancia la vanidad y la incontinencia del clero, al paso que vosotros permitís á los reyes que opriman á los pueblos, con tal que os dejen entrar á la

(1) *Tratado de los tres impostores*, p. 52, 61.

(2) *Obras de CONDORCET*, edic. de Arago, t. I, p. 254.

(1) *Tratado de los tres impostores*, p. 45 y siguientes.